

Y acomete y rebalta sus astucias
 Y las columnas todas desmorna
 Hasta que al fin cansados, opacidos
 Por las terribles furias del estaca,
 Hayan desparecidos los traidores.
 Así rápida pasara el día;
 La mañana se pasa en los combates,
 Y comienza la tarde doradada
 Formada en humo denso que despiden
 Las mil bocas terribles retumbantes
 De la feroc potente artillería.

CANTO OCTAVO.



ERMITE, oh Dios, los sueños lisonjeros
 Que alientan mi existencia infortunada
 Realizar cuando miro la ventura
 De mi patria gloriosa. Aún yo siento
 Dentro del alma mágica esperanza,
 Yo siento que mi vida vigorosa
 Ha de durar para cantar de México
 El triunfo más espléndido que brille
 En los eternos libros de la historia.
 Yo que de libertad al aura blanda
 Mecí mi cuna en mi infantil ensueño,
 Yo que de la reforma he visto el triunfo,
 Y también empuñé, por su defensa,
 La espada del patriota; yo que lucho
 Por su gloriosa independencia y miro
 El valor indomable de los hijos
 De Zaragoza invicta, y los laureles
 También arranco de su gloria invicta,
 Podré entonar con bélico entusiasmo
 El himno más grandioso de la patria,

La tenaz resistencia, el heroísmo
 Del valiente soldado mexicano
 Espanta al invasor que se fatiga.
 Más de treinta horas pasan, y no intenta
 Otro empuje el soldado de la Europa.
 Aquí y allí tan sólo se distinguen
 Algunos tiros; sus trabajos sólo
 Activando prosigue el enemigo.
 En tanto Ortega por doquier recorre
 Los campamentos, y también Reinaldo
 Le sigue por doquier, y en su memoria
 Fijo el recuerdo de su hermano lleva
 Y promete vengar, mientras que viva,
 Su sangre virginal. Mira el retrato
 Del ángel que adoraba, y que inocente
 La muerte ignora de su tierno amante;
 Ve el relicario en que los blondos rizados
 Conservaba su hermano de aquel ángel
 A quien no volvió á ver, y de sus ojos
 A su pesar descende triste llanto,
 Que correr deja para dar alivio
 A su angustiado corazón que sólo
 Palpita por vengar la sangre pura
 Del malogrado Arnaldo, y por la patria
 A quien ha consagrado su existencia.

De improvisó, del Sur al Occidente
 Retiemblan las campiñas y las plazas;
 Silban las balas y las bombas rugen,
 Se envuelven en las densas humaredas
 Los reductos que guardan los valientes
 En la línea del Sur; los de Occidente
 También se nublan y retiemblan todos,
 Juntos con los del Norte. Una ancha zona

Se ve de negras nubes que atraviesan
 Mil furibundos rayos de la guerra.
 Centellean las balas á millares;
 Las bombas en la altura se tropiezan
 Unas con otras, y estallando truenan
 En los templos, las calles y las plazas.
 Todo es horrible confusión: la muerte
 Sólo se mira en todos los semblantes,
 Pero también de gloria los reflejos
 Sobre la frente del guerrero brillan.
 Allí entre el humo del cañón, los gritos
 Se oyen de los guerreros entusiastas,
 Que su umben, la patria vitoreando:
 Allá á la luz fosfórica que lanzan
 Las bombas, de los niños y mujeres
 Se escuchan los gemidos. El incendio
 Alumbra por acá, sobre ruinas,
 Cadáveres sin cuento, y los heridos
 Que gritos de dolor lanzan gloriosos
 Entonando á la vez patrias canciones.
 Así corren las horas presurosas,
 Y las nubes del humo de los fuegos
 Obscurecen del sol los resplandores;
 Y no cesa terrible el bombardeo,
 Y no cesa la cruel carnicería
 Que enrojece los campos de Occidente.
 Por el Sur los soldados mexicanos,
 Al descender la tarde, se abalanzan
 Y fuera de los muros con bravura
 Se arrojan á la lid, impetuosos
 A la voz de Ghilardi; hasta ponerse
 Cuerpo á cuerpo en la lid, fuertes arrojan
 Sus columnas, ardiendo de venganza,
 Que el invasor apenas resistía.

De Zacatecas los valientes hijos
 Siguen de Auza los ecos entusiastas,
 Y de Sánchez Román, y de Alatorre,
 Y Régules también, que se adelantan
 De la gloria enseñándoles la senda,
 Y no cesa el combate hasta que asoma
 La noche con sus sombras taciturnas.
 Cede á ratos la fuerza impetuosa
 Del enemigo; desarrolla á ratos
 Con furia su despecho, y así pasa
 La noche sin que pueda en sus esfuerzos
 Conseguir ni el descanso, ni su triunfo.
 Perspicaces los jefes mexicanos,
 Observan del francés los movimientos
 Que al Sur en tanto su atención dirige.
 Toda la noche el ruido de los carros
 Su movimiento indica; al Sur conducen
 Baterías y trenes y pertrechos,
 A la vez que sus bombas y granadas
 En torno á la ciudad lanzan activos
 Para distraer de Zaragoza invicta
 A los tan incansables defensores.
 Mas nada valen sus ataques falsos;
 La circular muralla de guerreros
 Donde quiera que el galo se presenta
 Contesta con vigor y bizarría.
 Y así las nieblas de la noche cubren
 De Zaragoza invicta el heroísmo,
 Y así de la mañana los crepúsculos
 Sorprenden el valor del mexicano.
 La mañana llegó, y aunque sus fuegos
 No cesan en la línea de Occidente,
 Al Sur se anuncian fuertes movimientos.
 Apenas los albores matutinos

Despejaban las nieblas del crepúsculo,
 Cuando ágiles columnas se veían
 Hacia el Sur caminando presurosas,
 Y en el barrio del Pópulo se paran,
 Organizando un nuevo campamento.

Ya el sol doraba los hermosos campos
 De Agua-azul y del Pópulo, y de pronto,
 Mientras al Norte y á Occidente manda
 Sus fuegos la rayada artillería,
 Un grupo de caballos agarenos
 Se mira desfilir pausadamente
 Hacia el rumbo del Pópulo, y descenden
 Del cerro de San Juan. Ortega toma
 El óptico instrumento, y claramente
 Distingue los vistosos uniformes
 Del Estado Mayor del enemigo,
 Que visita los campos dando al aire,
 Doquier que va, la tricolor bandera,
 Y le sigue una escolta numerosa;
 Mientras al flanco izquierdo una columna
 Destaca de caballos agarenos
 Que tiende en ordenados tiradores
 Y columnas también de infantería.
 Preparando el ataque de la plaza,
 Él, fuera de los tiros va avanzando
 Con paso lento, aparentando calma:
 Se detiene en el Pópulo, y avivan
 En tanto por el Norte y Occidente
 Los fuegos, y las bombas espantosas.
 Pasa Forey allí de la mañana
 Las horas, ordenando sus ataques;
 El terreno recorre, mide, observa
 Y su plan desarrolla de campaña,

Que desde luego á practicar empieza;
 Y ya que todo preparado mira,
 Vuelve otra vez á su troton las riendas
 Al cuartel general torciendo el rumbo.

Cesando van parciales los ataques
 Hacia la plaza, en tanto que el activo
 Movimiento de guerra estrepitoso
 Que se observa en los campos sitiadores,
 Anuncia nuevas lides formidables,
 Decisivas tal vez, para la gloria.
 Ortega, luego que observó el regreso
 De Forey, á los puntos se dirige
 Recorriendo la línea y preparando
 La resistencia donde el fuego indica
 Que debe ser el impetuoso empuje.
 También cambia los puntos defensores,
 Y mueve nuevos trenes y pertrechos,
 Y mueve poderosa artillería,
 Y dispone doquiera las reservas
 Según su plan de ataque y de defensa,
 Y según los trabajos enemigos
 Que atento observa y que le indican luego
 Las pretensiones del francés osado.

La tarde tristemente transcurriendo
 Presagiaba terrible que la muerte
 Tal vez entre los pliegues de la noche
 Vendrá á esparcir la pena y el espanto.
 La tarde se adelanta, y por doquiera
 Se observan con violencia los aprestos
 Del invasor, que nos prepara acaso
 Su más terrible y poderoso empuje.
 Silba el rifle doquier, la bomba estalla,

Y entre las sombras de la triste noche
 Que rápidas avanzan por Oriente,
 Las nubes de la pólvora se mezclan
 Con las nieblas oscuras de la noche,
 Que llega al fin tan tétrica y sombría,
 Cual los negros del sepulcro helado.
 Al descender sus taciturnas nieblas,
 El eco del cañón estrepitoso
 Resonó por la línea de Occidente.
 Todo en torno se incendia, en todos vientos
 Se oye el eco terrible que retumba
 Allá en los dilatados horizontes.
 Al cañón homicida en todas partes
 El cañón mexicano le responde
 Con eco atronador: las nubes de humo
 Con la nubes del cielo se confunden,
 Y cual la luz rojiza del relámpago,
 Una siniestra luz aterradora
 Se mira al rededor de Zaragoza
 Que la tiniebla de la noche envuelve.
 De pronto se desprende de las nubes
 A torrentes la lluvia, y los destellos
 Del relámpago audaz que el viento cruza,
 Y el trueno de los rayos de los cielos,
 Y el estallido horrendo del mortero,
 Todo á la vez con fuerza se confunde,
 Se mezcla, y sólo un eco se percibe.....
 Pero el fuego no cesa, los valientes
 El furor de los cielos desafían,
 Y truenan los cañones y las bombas
 Y el rayo estalla, y su eco tremebundo
 Resonando se eleva en las montañas.
 De Toluca los bravos batallones
 Allá en Pitiminí, con heroísmo

A la voz de Padrés, con arma al brazo
 El empuje terrífico resisten
 Del osado invasor que lanza muerte,
 Y esparciendo el terror y la matanza
 Quiere arrancar un lauro á la victoria.
 Pero lleno de rabia y despechado
 Cuando ve que resiste valeroso
 El libre mexicano, horribles minas
 Cava en el suelo, y luego enfurecido
 Hace volar la tierra hasta las nubes.
 Después que el estallido de los cielos
 Calmó, y la tempestad, silencio horrible
 Un momento sucede; de improviso
 Un eco sordo truena subterráneo
 Que hace temblar la tierra en sus contornos;
 Y los templos, las casas se estremecen.....
 Y así como en la cumbre de Himalaya
 Al romperse gigantícas las rocas
 Que se calcinan por el fuerte fuego
 Y arrojando en columnas de humo denso
 Moles inmensas, el volcán furioso
 Obscurece la luz, estremeciendo
 Sus bases gigantes cas las ciudades,
 Los campos, y los mares turbulentos,
 Difundiendo el furor y la pavora;
 Así al brotar el cráter espantoso
 De la terrible mina, el horizonte
 De Puebla se nubló, tembló la tierra
 Y tembló el Atoyac en su corriente,
 Y al fragor de la bomba tremebunda
 Calles enteras como leve paja
 Se alzarón por los aires, sepultando
 Al caer los escombros arrojados
 Mil víctimas ilustres y valientes.

A la vez el francés en su despecho
 Quiere arrojar en medio á las ruínas,
 Pensando aprovecharse del espanto
 El cobarde que esquiva la batalla
 Cuerpo á cuerpo á que el libre le provoca:
 Y oculto, y con infame villanía
 Destruyendo los grandes monumentos
 Del arte, porque siéntese impotente
 En lucha corporal, se lanza rápido;
 Pero el noble y valiente mexicano
 No se arredra, y en medio los escombros
 Luchando con la vida y con la muerte,
 Se arroja á la defensa el valeroso
 Toluqueño entre gritos de entusiasmo:
 Cierra las brechas con sus mismos cuerpos,
 Y una, y dos y tres veces retrocede
 El bárbaro francés enfurecido.
 Nada le valen sus potentes minas,
 Nada el estrago horrible que ocasionan.
 El mexicano, intrépido y sereno,
 Sobre de mil cadáveres pelea,
 Y lucha brazo á brazo, cuerpo á cuerpo.....!
 Allí al fragor de la fatal batalla
 Se admirá la grandeza del valiente,
 Y los rasgos se ven del heroísmo,
 Que lucha lleno de entusiasmo ardiente.
 ¡Viva México! exclama el mexicano:
 ¡Gloria al emperador! los galos gritan:
 ¡Gloria á la independencia soberana!
 Claman los mexicanos valerosos;
 En tanto que las bombas por el aire
 Se chocan al caer, y los fulgores
 De los cañones la tiniebla alumbran.
 Y como el golpe se oye del granizo,